

NOTAS EDITORIALES

Hace cuarenta años...

En el tiempo de preparación del presente número de la Revista Musical Chilena, se han cumplido cuatro decenios desde aquellos días ya lejanos que vieron surgir el movimiento renovador de nuestra vida musical. Varias veces, en números anteriores, ha sido recordada la efemérides inicial, la Asamblea de 19 de abril de 1924, que abrió el período de combates públicos en favor de la música, promovidos por la aparición de la Sociedad Bach; a la Asamblea mencionada siguió una serie de conciertos, inaugurados el 11 de julio posterior, con un verdadero Festival Bach que comprendió una audición inicial de su música instrumental y de canto y la presentación íntegra, en cuatro conciertos, del "Clavecín bien temperado", a cargo del joven y ya famoso Claudio Arrau. Un concierto hacia fines del año reafirmó, bajo la dirección de Armando Carvajal y del que esto escribe, nuestra posición en favor de la música del pasado, ignorada prácticamente en Chile, que contuvo obras de Haendel y de Vivaldi para cuerdas y un grupo de composiciones corales "a cappella" de autores del Renacimiento, tales como Palestrina, Victoria, Lassus, Costeley y otros. Una viva propaganda en favor de la música contemporánea y anuncios para el año siguiente, de conciertos en cuyos programas aparecían Debussy, Ravel, Mussorgky, Schoenberg y Strawinsky, dio el tono justo de una renovación que abría simultáneamente las ventanas del pasado y del presente, en un medio como era el nuestro, que entonces rara vez se aventuraba más allá del período clásico vienés y del Romanticismo y, en la ópera, de la escuela italiana que surte el repertorio usual y comercial del teatro lírico.

Bueno es meditar hoy día en lo que hemos caminado desde ese lejano año de 1924 y mirarnos en el espejo de otros países hermanos, que se hallaban en situación análoga a nosotros y en donde no se produjo la evolución que aquí ha tenido lugar: allí la vida musical continúa inestable y a merced de vaivenes políticos o en manos de la más calamitosa grey que ha retardado la evolución musical de este Continente, los empresarios comerciales.

Por razones, seguramente, entroncadas a nuestra evolución democrática y a la fisonomía estatal a que la tradición española y francesa nos acostumbró, la acción de la Sociedad Bach fue enderezada hacia reclamar del Estado el amparo de la música y de sus destinos, y así, en medio de muchas circunstancias curiosas, venimos a investir a la Universidad de Chile de la misión de sostener, de fomentar, de divulgar la buena música, con la autoridad de una entidad oficial y a la vez con la libertad de hacerlo en forma técnica y educacional. Las benéficas consecuencias de este proceso están a la vista en la serie de iniciativas fundamentales que se cimentaron y cuyo éxito, al margen de cualquier crítica que se les dirija, está rubricado por más de treinta años de labor continuada.

La música, en todos sus aspectos, ha subido de jerarquía; sus profesionales no son lo que eran en otro tiempo, sus estudios comprenden todos los niveles de la enseñanza y los grados académicos, reservados antes sólo para las carreras tradicionales, se vienen confiriendo en la música ya desde largos años.

Todo este movimiento y este nivel se generó en la efemérides que recordamos, del 1º de abril de 1924, que sin saberlo siquiera retomó tradiciones que venían desenvolviéndose en el medio cultural del país y las impulsó con un empuje que correspondía a la juventud y al idealismo de sus promotores. Llegue nuestro recuerdo a quienes de ellos aún están en la brecha del trabajo musical, a los que se apartaron de él y sobre todo a los muchos que ya han dejado este mundo para siempre.

D. S. C.

¿STRAWINSKY BAJA DE SU PEDESTAL?

Los hombres famosos tienen un grave peligro: el de sobrevivirse y en esto el de hacerlo en forma que no resulte ejemplar. Así hemos pensado al recorrer las páginas de un libro, "Dialogues and a Diary" (Diálogos y un diario), de que son autores Igor Strawinsky y su infaltable acompañante de estos años recientes, Robert Craft (Doubleday & Co., 1963). Como reza el título, hay una primera parte de preguntas y respuestas, algunas ya conocidas en otras obras, y otra segunda en que, a salto de mata, se anotan apuntes de impresiones de viajes realizados por el gran compositor en un lapso de once años y por muchas regiones del mundo.

Si en la primera sección hay observaciones interesantes acerca de la génesis de ciertas obras de Strawinsky y apreciaciones suyas generales que son de real profundidad, en la parte peripatética del músico, uno tiene la evidencia de que aún los más grandes hombres cuando salen de turistas y más aún cuando este turismo está administrado comercialmente por gentes mínimas, atentas sólo a detalles pueriles y a observaciones banales cuando no impertinentes, caen de tal manera en el aprecio que uno ha podido ratificar personalmente de ellos, que se llega a pensar si no habría estado mejor que hubieran permanecido sosegados en sus casas.

Strawinsky viaja acompañado de su esposa, Vera, y del señor Craft que ha surgido como ciertos parásitos en los añosos árboles. En 1960, vinieron a Chile y por lo que consignan de nuestro país, uno puede imaginar lo que en otras naciones de este Continente calificado de "triste" estarán pensando acerca de la gira (vinieron en invierno, seguramente, como todos los turistas del norte y con trajes de verano). El ilustre compositor fue recibido en Santiago en la forma más respetuosa y más fina. De acuerdo con sus deseos no se le abrumó de compromisos y sólo fue agasajado por nuestras autoridades musicales y por la Asociación Nacional de Compositores. El Decano don Alfonso Letelier y su familia se consagraron por entero a atender a Igor Strawinsky durante los días que permaneció en Chile y sus menores deseos y necesidades fueron satisfechos en forma que él agradeció efusivamente.

Se le preparó la Orquesta y el propio Craft le cedió la batuta cuando era llegado el momento que el insigne autor de la "Consagración de la Primavera", subiera al podium a dar los toques finales de un concierto que, todos sabíamos, era más una ceremonia reverente que un concierto auténtico. Craft no era un maestro de categoría como para interesar en los números que dirigió.

En general las relaciones de Strawinsky con sus colegas chilenos (que son tan inútiles y anónimos como todos los músicos de América Latina para él),

fueron no sólo cordiales, sino aun encantadoras: habló de cosas interesantísimas, su entusiasmo llegó a que en un paseo a que alude en el libro, a casa de don Eduardo Morel, en Las Vertientes (a quien no nombra por cierto), Strawinsky improvisara ante todos nosotros una especie de oda a la naturaleza y a la maravilla del país. De regreso habló largamente con el Decano y con el que esto escribe de las obras que trabajaba, de cómo lo hacía. También intercambié experiencias con la gente más joven. En algunas comidas se resistió a las órdenes de sus acompañantes de volver al hotel, apasionado por las conversaciones musicales con compositores como Jorge Urrutia, Alfonso Letelier, Gustavo Becerra, Juan Orrego Salas, Claudio Spies, su amigo de EE. UU. Desilusiona y duele pensar que la reseña de todo esto quedó a cargo de quienes permanecieron en actitud ajena a toda cordialidad. Tal vez el viaje no constituyó para ellos el éxito financiero esperado.

En New York, suelen decir quienes no gustan de las últimas tendencias de Strawinsky que: "He lost his talent but got his craft", ...este nuevo oficio (craft), no ha afirmado el pedestal eminente del gran impulsor de la música del siglo XX. Contrasta todo lo que en el libro comentado se refiere a nuestra América, con la emocionante reseña del regreso a Rusia.

En la Unión Soviética todo fue maravilloso: volvió a su patria, a su lengua, hubo el factor humano que llevó al compositor a apreciar incluso a músicos con los cuales no ha podido tener mayor acuerdo. ¿Redactó él esta parte de sus viajes y no las otras?, ¿fue sincero Strawinsky con nosotros, o toda su cordialidad encubría falsedad y menosprecio?, como la que lanza sobre los músicos y la música de estos países, "colonias de Europa", donde la molestia de haber oído una obra en Buenos Aires lo lleva a preguntarse, ¿para qué se escribe música? Nada ha ganado Strawinsky con su gira americana, ni nosotros con su libro lleno de mezquindad, ni con los retratos que creímos honrosos y que resultan forzadas exposiciones suyas con gentes ávidas de la vanidad de aparecer junto a él. Ojalá lea el artículo que le dedicó Jorge Urrutia en el N° 73 de esta Revista y sentirá vergüenza. El libro, además, viniendo de quien viene, constituye un grave daño al prestigio musical de nuestros países americanos, tan postergados e ignorados en el aprecio internacional.

DOMINGO SANTA CRUZ.